

de V. M., protestándole que, en todo caso, están dispuestos á sacrificarse á la cabeza de las tropas, para cumplir las órdenes de V. M.

SEÑOR.

El General de Division en Gefe del Cuerpo de ejército de infantería, *Miguel Miramon*.—El General de Division en Gefe de la caballería, *Tomás Mejía*.—El General, Gefe de E. M. G, *Severo del Castillo*.

Querétaro, Mayo 14 de 1867.—El General Director de artillería, *Manuel R. Arellano*."

Era ya tarde. La estudiada relacion de mentidos triunfos, las bravatas marciales, y las falsas apreciaciones para deprimir á los republicanos en el singular informe que hemos reproducido, lejos de condensar la espesa nube de las lisonjas que habian cegado y envanecido al Archiduque, vinieron á disiparla, revelándole que nada bueno podria hacerse con tan temerarios consejeros. Entonces acarició la idea de poder salvar su persona, abandonando á su suerte á quienes sacrificándose, indudablemente lo sacrificaban. Maximiliano tenia un confidente en el Coronel D. Miguel Lopez, que, como todo favorito de un Príncipe, era visto con celo y aun con ódio de parte de todos los gefes que creian merecer mayor gracia.

Lopez, que ya habia sido víctima de aquel ódio y de aquel celo, era el agente mas eficaz para encomendarle una mision tan personal y tan reservada, como fué la de que pasase á entenderse con el General Escobedo, para obtener de él la concesion de permitir á Maximiliano la salida de

la plaza con un solo escuadron, bajo la promesa solemne de que este le serviria nada mas de escolta, hasta llegar á un punto de la costa del Golfo, donde poder embarcarse, y no volver jamas á la República.

Esta intempestiva resolucion descubrió á Lopez, que ya sospechaba la situacion, todas sus sombrías proporciones; y como era muy debido, presentó á su imaginacion el negro cuadro del desórden consiguiente á la fuga del Príncipe; la desesperacion de un ejército desnudo, hambriento y abandonado, en manos de enemigos intransigentes y temerarios, y los torrentes de sangre que podrian derramarse inútilmente tras la evasion del Príncipe, que debia necesariamente proveocar á los sitiadores, á un asalto inmediato y de éxito seguro.

La ferocidad atribuida á los republicanos, presentaba á los ojos del confidente, la Ciudad víctima de la embriaguez del triunfo, sufriendo todos los horrores, todas las violencias y todo el espanto de un pueblo entregado al poder de lejiones rabiosas, salvages y sedientas de venganza. ¡Habia, pues, llegado su postrer momento!

En la noche del 14, Lopez, sirviéndose de un agente secreto, obtuvo del General Escobedo permiso de pasar á cumplir su delicada comision. Llegó en efecto á la tienda del General republicano, quien, habiendo desechado de algunos oficiales extranjeros las proposiciones que le hacian para entregarle la plaza, cuya toma no queria deberla á un acto de traicion, no pudo menos de sorprenderse y de interrogar á Lopez sobre la verdadera situacion de la plaza.

Este agente de Maximiliano, que habia visto la desmoralizacion de la tropa sitiada; que sabia las defecciones y

conatos de algunos gefes para entregarla, y que se hallaba instruido del descabellado proyecto de romper la línea con tan malos elementos, no pudo menos de confesar la posición angustiada de los imperiales; ni cómo podría ocultarla, cuando las proposiciones que llevaba él mismo, le habían ya descubierto al General Escobedo la verdad entera de cuanto pasara en la Ciudad?

Por muy inesperto que este hubiese sido, bastaba la petición de Maximiliano, para ponerlo en guardia y prevenirle perfectamente para un próximo desenlace, que debía ser favorable.

El General Escobedo tenía repetidas, espresas y terminantes órdenes de no hacer capitulación alguna, pero ni la más leve concesión, pues el Gobierno había ya previsto el inevitable desenlace, y había querido que allí sucumbiesen de una sola vez todos los cabecillas más temibles, todos los criminales que habían alterado constantemente la paz pública.

Escobedo, que se había hecho tipo de subordinación militar, cumplió su severa consigna, negándose absolutamente á obsequiar el deseo de Maximiliano. Entonces Lopez, que no había pedido garantías para sí mismo ni las pidió después, se afanó hasta la terquedad, hasta la angustia, para que Escobedo ofreciera siquiera una garantía vaga en favor de Maximiliano, que había librado en él su confianza. Figurándose á sus compañeros de armas espantados con la desaparición del Gefe imperial, y sacrificándose ya estérilmente sin guía y sin bandera, se esforzaba en persuadir á Escobedo para que aceptase un partido, en obvio de nuevas desgracias. Decidido el Archiduque á no com-

batir más, la resistencia tenía que ser débil, y la agresión de los imperiales infructuosa.

Lopez creyó, y con razón, que una sola gota de sangre que se derramase, estaba por demás; tal creencia estaba muy lejos de infundirle aliento ni valor. Escobedo lo había negado todo, porque no le era permitido conceder nada, y Lopez combatido por mil encontrados sentimientos y con la lasitud de quien pierde una última esperanza, volvió cerca de Maximiliano con la terrible negativa.

Nadie ha sabido lo que al recibirla pasó en el espíritu del Príncipe, que la oyó con aparente calma y no dió señales de actividad. Quizá esperaba una hora más oportuna, pero no manifestó empeño en organizar nada nuevo, ni en la ejecución del plan de sus Generales.

Por su parte el General Escobedo, desde que acabó la entrevista con Lopez, entró en la mayor actividad; preveía que Maximiliano quisiese intentar su evasión, y que para intentarla debía librar un nuevo ataque, que desde luego creyó necesario desconcertar, tomando la iniciativa.

El momento no podía ser más favorable. La cansada tropa de Maximiliano, estenuada por la incesante fatiga, por el desvelo y por el hambre, debía, para prepararse á la salida, estar tomando algún descanso; y bien persuadida ya de que los sitiadores se limitaban á reducir la plaza por el agotamiento de víveres, no temería un verdadero asalto. Por otra parte, Lopez, el mismo agente de Maximiliano, que mandaba la posición del convento de la Cruz, tenía en su corazón el desengaño, y por mucho que se esforzara para resistir, no podía menos de estar desalentado con la resolución del Príncipe, que sin tentar una capitu-

lacion ú otro espediente mas honroso, como era el de romper la línea de sitio, habia pensado tan solo en su salvacion personal, sin cuidarse de la suerte que pudieran correr todos aquellos que, con tal ardimiento y con tan ciega adhesion habian defendido su causa, puesto que á ninguno de ellos habia comunicado el pensamiento de su furtiva evasion, caso de que Escobedo la consintiese; de manera que, para el coronel Lopez, la defensa y la resistencia tenian que darse por concluidas, y sin embargo, sus últimos esfuerzos se dirigieron á salvar á Maximiliano.

Ademas, como la guarnicion de la Cruz tenia que ser débil por hallarse disminuida la fuerza del enemigo y estar diseminada en la estensa línea en que hacia su defensa, bastaba un esfuerzo para verificar un asalto, sin que costase trabajo reconocer la actitud de los sitiados por aquel rumbo, en razon de que las fuerzas republicanas podian observarla en algunos puntos, á la cortísima distancia de diez ó doce metros, pues que solo mediaria entre unos y otros el ancho de una calle.

Serian las once de la misma noche del 14, cuando el general Escobedo tenia ya dictadas todas sus disposiciones para apoderarse del convento de la Cruz, y para que todo el ejército diese en la madrugada un asalto general.

Al C. General Francisco A. Velez, cuyas dotes militares, así como su patriotismo y los buenos servicios que habia prestado á la causa de la República, lo habian hecho acreedor á la general estima de sus compañeros de armas, fué á quien se le encomendó la delicada empresa de la toma de la Cruz, para cuyo fin se pusieron á sus órdenes, los distinguidos Batallones "Supremos Poderes" y "Nue-

vo-Leon." Velez organizó su fuerza, y la situó de modo que no fuese sentida por el enemigo, y como los accidentes del terreno, los matorrales y los escombros, no ofrecian á la tropa en la oscuridad de la noche un camino conocido para adelantarse al asalto, el mismo Velez seguido del General Feliciano Chavarria, de los jóvenes coroneles José Rincon y Agustin Lozano, y de otros dos ó tres gefes mas, dispuso avanzar con el mayor sigilo en busca de un camino practicable. En silencioso paso pudieron llegar sin obstáculo hasta una tronera inútil, en que un cansado centinela fué sorprendido, sin que pudiera evitarlo.

El incidente no podia ser mas oportuno y favorable: Velez hizo avanzar al Teniente coronel Margain y al Coronel Llepes con sus batallones, y al Comandante general de artillería Francisco Paz, para cubrir la huerta del convento que casi estaba ya en su poder. Mientras se aproximaban, se adelantó Velez con sus compañeros, practicando el reconocimiento de la huerta con la misma precaucion y sigilo.

El Coronel Lopez que la vigilaba, reconociéndola, se halló repentinamente con el grupo de esos gefes, que en el acto lo amenazaron de muerte si hacia el menor movimiento. Velez con la pistola preparada y apuntándole á la cabeza, obligó al sorprendido Coronel á que los condujese por camino seguro al interior del convento. La cuestion era de momentos: toda resistencia se hacia inútil, y Lopez atormentado con la idea de que Maximiliano iba á caer prisionero, parece que quiso ceder á cuanto se le exigia, con el esclusivo objeto de darse alguna traza para avisar á Maximiliano del inminente peligro en que se hallaba.

Entregados á profundo sueño los defensores de la Cruz, y el Príncipe mismo, y sorprendidas así sucesivamente las guarniciones de los diversos puntos fortificados del convento, que con rapidez ocurrieron á ocupar las fuerzas destinadas al efecto, Lopez pudo aprovechar un instante, merced á las atenciones que iban multiplicándose y distrayendo á los gefes, para hacer llegar á Maximiliano la noticia de su inmediato peligro. Esta noticia le llegó á tiempo de poder organizar alguna defensa, pues contaba todavia, cuando ménos, con un batallon de confianza que dormia en el mismo claustro en que se alojaba; pero él y sus generales debieron desmoralizarse mucho, porque despues de perder un tiempo en que pudieron caer prisioneros, salieron al fin en medio de la confusion que ya era general, logrando pasar á título de paisanos y pié á tierra sin saber adonde dirigirse.

Lopez, que habia dado su palabra de prisionero, que ponía todo su empeño en que no se derramase mas sangre y que se apercibió de la circunstancia favorable á Maximiliano de no ser conocido de los asaltantes, le proporcionó un caballo para que apresurase su marcha y se salvase.

El Archiduque que no sabía que discurrir ó que hacer, y que quizá esperaba alguna otra circunstancia favorable á su defensa, vaciló algunos instantes, y al fin montó en el caballo que se le ofrecia, ordenando todavia á Lopez, á quien suponía libre, que las tropas que no hubiesen caido prisioneras, marchasen violentamente al cerro de las Campanas, para donde se dirigió rápidamente.

Posesionado Velez del convento de la Cruz, las fuerzas de asalto aumentadas ya con las reservas, penetraron sin

mayor dificultad á la plaza y al convento de San Francisco, cuyas campanas repicaron en señal de triunfo.

Habia llegado la hora en que todas las fuerzas sitiadoras, desprendiéndose de sus líneas, avanzaran para el asalto, y avanzaron en efecto, preparadas para un choque terrible. Pero los defensores del perímetro fortificado de la plaza, entre quienes habia comenzado á correr la noticia de que los republicanos habian penetrado en ella y tomádoles la retaguardia, abandonaron sucesivamente sus puntos, para replegarse al centro de la ciudad.

D. Miguel Miramon, sorprendido por el estruendo de las armas, habia salido de su habitacion y se dirigia á la plaza principal, cuando en la de San Francisco se encontró con los asaltantes, á quienes disputó el paso, batiéndose personalmente, hasta que una bala de pistola le hirió la cara, y se retiró en busca de un facultativo que lo curase inmediatamente. Allí, por casualidad, fué descubierto y reducido á prision.

Las avenidas estaban cubiertas por los republicanos, y los batallones imperiales, que penetraban en las calles, al verse rodeados de sus enemigos, ó se desbandaban ó caían prisioneros. Algunos de ellos instintivamente se dirigieron al cerro de las Campanas, donde Maximiliano, advirtiendo por todas partes el desorden consiguiente á su derrota, ya nada le era posible disponer. Veía en su derredor, grupos desconcertados de tropa, que no podían formalizar una resistencia contra las columnas sitiadoras, que avanzaban á paso veloz estrechando el cerro con su círculo de hierro y de fuego.

Maximiliano se convenció de que todo habia terminado:

enarboló una bandera blanca: dió la órden de que cesaran los fuegos; hizo tocar parlamento, y envió á dos ó tres de sus ayudantes en busca del General en Gefe del ejército vencedor, para avisarle de su rendicion.

Los parlamentarios, en sus respectivas direcciones, encontraron á los Generales Ramon Corona y Aureliano Rivera, quienes instruidos de lo que se trataba, tambien mandaron suspender sus fuegos, y dar aviso al general Escobedo, que se hallaba recorriendo la estensa línea de ataque.

Antes de que este pudiese llegar, una fuerza imperialista, situada al pié del cerro, se desprendió en actitud de paz, hacia el punto en que se hallaba Corona, y uno de los oficiales que la mandaba, se acercó para decirle que Maximiliano tenia deseo de hablar con él.

Corona acompañado del General Cortina y de su Estado Mayor accediendo á la indicacion del oficial, acudió al sitio en que el Archiduque le esperaba. Desde luego Maximiliano le manifestó, que ya no era Emperador, cuyo título habia abdicado ante su Consejo de Gobierno en México.

Corona le contestó sin aspereza, diciéndole que esa cuestion no podia tratarse por él en aquellos momentos, pero le aseguró que tanto el mismo Maximiliano como los individuos que lo rodeaban, tendrian las garantías suficientes para no ser molestados, esperando á que llegara el General en Gefe.

Pocos momentos despues, el General Escobedo se presentó seguido de su Estado Mayor. Maximiliano se habia adelantado á recibirlo, y tras un saludo grave, pero cortés, le indicó que deseaba hablarle en reserva. Escobedo se separó de su séquito para oír á Maximiliano.

El asunto era grave. Maximiliano hacia la misma propuesta que habia llevado Lopez. “¿Me permitirá V., dijo, que custodiado por una escolta, marche yo hasta un punto de la costa donde pueda embarcarme para Europa, con la protesta que hago, bajo mi palabra de honor, de no volver á México?”

Escobedo le contestó lacónicamente: “No me es permitido conceder lo que V. pide.”

Entonces Maximiliano replicó: “Puesto que así es, yo espero que V. no permitirá que se me ultraje, y que se me tratará con las consideraciones debidas á un prisionero de guerra.”

Eso es V. mio, le respondió Escobedo. Entonces el Príncipe desciñéndose la espada, se la presentó, y el General hizo que la recibiese el Gefe de su Estado Mayor.

Los Generales de Maximiliano se dieron por rendidos, y despues de un corto tiempo que transcurrió en dictar diversas órdenes, el General en Gefe seguido de sus prisioneros, se dirigió á la Ciudad, con objeto de evitar desórdenes, caso que ocurrieran. En el tránsito encontró al General Riva Palacio, á quien encomendó que condujese á los prisioneros en seguridad al convento de la Cruz, donde quedarian bajo rigurosa custodia.

Nadie osó insultar á Maximiliano en su camino; el General Alatorre, habia cuidado de evitar desórdenes en la ciudad. La tropa vencida, léjos de manifestar ódio á sus adversarios, se refundió en sus filas viendo llegar el fin de sus padecimientos.

Los vencedores que aun estaban irritados, con la idea que se les habia hecho concebir de que los habitantes de

la poblacion les eran hostiles, quisieron castigarlos tomándolos de leva, para que sirviesen como soldados.

Indudablemente, esto era injusto: así lo conocieron los Gefes, y los ciudadanos pacíficos pudieron volver á sus hogares. Pero de esa medida mala en sí misma, aunque disculpable en horas de efervescencia, se obtuvo la ventaja de recojer á muchos de los soldados que se habian desbandado, y que sin ocupacion ni medios de subsistir en el seno de una ciudad tan empobrecida, podian quedar en la vagancia, y estimulados á robar por hambre, formar gavillas que infestasen la poblacion y los caminos.

El General Escobedo armándose con la ley de 25 de Enero de 1862, tenia en sus manos las vidas de Maximiliano y de multitud de sus cómplices. No necesitaba mas que identificar las personas de los prisioneros y mandarlos pasar por las armas. Al hacerlo así estaba en su derecho, y nadie habria osado levantar la voz para dirigir reproche alguno al General, que tras una espléndida victoria, cumplia estrictamente con la ley que le imponia el deber de castigar en el acto á los enemigos de la República cogidos *infraganti* delito.

Pero el General Escobedo, no era instrumento ciego, sino ejecutor circunspecto de esa misma ley. Sabia que el destronamiento de un Príncipe, iba á conmovier, no solo á la república sino á las naciones del viejo Continente. La categoria del personage que iba á morir, necesitaba un juicio solemne, tanto como lo permitia aquella misma ley, para

que jamas se dijese de violencia en su cumplimiento. Por otra parte, la importancia y extension de los acontecimientos que habian tenido lugar desde la aparicion del Príncipe en México, hasta su rendicion en Querétaro, podrian muy bien haber engendrado en el Supremo Gobierno la idea de hacer alguna inquisicion, ó la de proporcionarse los medios de hacer saber al mundo, durante el transcurso de un proceso mas detenido, como estaba en sus facultades hacerlo, que la meditacion, el reposo, la imparcialidad y el convencimiento de su justicia y de la conveniencia nacional, habian precedido al castigo de Maximiliano.

Así fué que, sin eludir la responsabilidad que pudiese sobrevenir, y como siempre dispuesto á dar acatamiento á las prescripciones supremas, puso á los reos á disposicion del Gobierno General; el cual por su parte, tras una discusion de cuatro años, despues del detenido exámen que habia hecho de la opinion de los pueblos, resolvió á aplicar, en todo caso, la única ley que él mismo se habia impuesto desde antes de la venida de Maximiliano, y cuando el establecimiento del Imperio era todavia un problema imposible de resolverse aun por sus mismos partidarios.

Al tocar Maximiliano el territorio nacional, posible fué al Gobierno dictar alguna otra ley *ad hoc*, para el caso de castigar al Gefe de la usurpacion; pero esto habria sido un principio de venganza y un trabajo innecesario, que no habria modificado en nada los derechos de México ni su justicia.

En vano habria sido buscar en la legislacion de todo el mundo un nuevo nombre para clasificar el delito de Maximiliano; el de usurpador era el único y la Constitucion, y

la ley de 25 de Enero, entrañaban la clasificación y la pena que merecía el delito.

Mientras el Gobierno daba su resolución, Escobedo desprendía de su ejército la mayor parte, para que concurriese al sitio de México, donde el General Diaz iba á dar el golpe de gracia á los residuos de la causa imperial.

Desde la ocupacion de Querétaro, se habia prevenido por un bando militar, que todos cuantos individuos hubiesen estado al servicio de Maximiliano en la Ciudad, se presentasen, apercibidos que de no hacerlo, sufrirían inmediatamente la pena de muerte, con arreglo á la misma ley. Pocos dejaron de obedecer á ese llamamiento, y el General Mendez, que persistiendo en ocultarse, lo habian descubierto, identificada su persona fué inmediatamente fusilado.

Poco tiempo dilató el Gobierno en dar su resolución. Maximiliano, debía ser juzgado, con arreglo á la repetida ley de 25 de Enero. Fué necesario entonces conducir al reo al Ex-convento de Capuchinas, juntamente con sus Generales D. Tomás Mejía y D. Miguel Miramon, y asegurarlos y vigilarlos con toda la estrechez propia de la gran responsabilidad que ecsijia su detencion.

XI.

Observaciones generales sobre la justicia del proceso de Maximiliano.—Rectificación sobre las defensas de los Licenciados Vazquez y Ortega.—El Asesor y el Fiscal—Causa de Maximiliano, Mejía y Miramon.

Hemos llegado al último episodio terrible y solemne por el carácter de los protagonistas, escepcional por la rareza de sus circunstancias, por lo avanzado de los tiempos, y por haber acontecido en el hogar de un pueblo, cuyas costumbres dulces, sin duda han sido el principal elemento que debiendo servirle para prosperar y ser feliz á la sombra de la paz, le ha producido resultados adversos, porque los espíritus díscolos, los hombres inquietos ó ambiciosos que no faltan en ninguna de las naciones, aun las mejor organizadas, han podido esplotar en provecho personal esa